nia, etiam ab omnibus vicinis commodata, dixit filio: *Affer mihi adhuc vas. Et ille respondit: Non habeo: stetitque oleum.* Deus gratiæ suæ oleum in cor nostrum infundere non desinit, si terrenis affectibus vacuum fuerit; si clauso ostio bonam voluntatem, rectam intentionem, puras preces, cor immaculatum, corpus castum, sancta opera illi offeramus: quæ quidem omnia ipsius munera sunt: *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.* Auferetur a nobis sterilitatis maledictio et opprobium: Spiritu Sancti virtute Christus formabitur in nobis: sine dolore pariemus fructus bonorum operum, cum delectatione et suavitate, quia ex charitate; cum e contra peccatorum animæ steriles sint in bono, et malum cum dolore pariant: *Concepit dolorem, et peperit iniquitatem.* (Nat. Alex. Expos. S. Ev. secund. Luc., I, Sensus. Moralis.)

ET BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI, JESUS

Último sermón del Novenario.

Et benedictus fructus...

ILUSTRES ACADÉMICOS:

¿Habéis observado con qué fidelidad repiten las montañas todos los ecos del valle? Así repite la montaña de Hebrón, [1] donde viven Isabel y Zacarías, las últimas palabras, la bendición última que dirigiera el paraninfo celeste á la Virgen, en Nazaret.

Benedicta tu in mulieribus, le dijo el Ángel; y *Benedicta tu in mulieribus*, dice Santa Isabel á la Madre de Dios.

Mas como el eco se reproduce muchas veces á

(1) *In montana*, vel Hebron, ut volunt Baronius, Toletus et alii. (A Lapide, in Luc, c. I).

sí mismo, la frase angélica baja repetida de la montaña, formando dos ecos distintos: *Benedicta tu in mulieribus;..... et benedictus fructus ventris tui.* [1]

¿Quién puso, señores, estas palabras en los labios de Santa Isabel? ¿Cómo sin haber oído al Ángel en Nazaret, repite desde tan lejos la misma bendición?

Isabel ha visto subir por la montaña á María, y la que tantas veces estrechara á la Virgen entre sus brazos, dándole el saludo familiar del parentesco, se inclina ahora ante ella reverente, y le dice, con inusitada solemnidad: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu seno.»

Esta era la primera declaración que oía el mundo de que estaba ya en la tierra el deseado de las gentes; y como María no lo ha revelado á nadie, ni nadie más que María ha escuchado

(1) «Et» est causale, idemque valet quod «quia». Quia benedictus est fructus ventris tui, id est Filius Dei, quem repente concepisti et carne tua vestisti, idcirco tu quoque est benedicta. (A Lapide, in Luc, c. I.)

al embajador de la gloria, es evidente que sólo el Altísimo ha revelado á Santa Isabel el gran misterio que acaba de consumarse en las entrañas de la Virgen. [1]

Sí; el mismo Verbo de Dios se ha revelado á la humanidad; y la humanidad hambrienta, envenenada con el fruto del Paraíso, apenas vé el nuevo fruto, fruto de vida, en el edén de la gracia, deja escapar de su pecho este grito de júbilo: *Benedictus fructus ventris tui, Jesus.*

Pero notad este contraste: allá en el edén primero se le dijo al hombre que moriría en el momento en que comiese del fruto señalado por Dios... Aquí en el Paraíso de la gracia, para vivir es preciso comer del fruto de María...

Este es el pensamiento capital de mi discurso.

AVE MARÍA

(1) Intendebat enim Deus par Elisabetham, utpote matronam grandævam, prudentem et sanctam orbi pandere conceptionem B. Virginis, arcanam Verbi incarnationem in ea factam, quasi thesaurum latentem in visceribus Virginis omnibus illo indigentibus patefacere. Hoc enim fecit Elisabeth cum dicit: Unde hoc mihi, est veniat mater Domini mei ad me? (A. Lap.)

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

La humanidad esperaba este nuevo fruto. *De fructu ventris tui, ponam super sedem tuam.* Juró el Señor á David que el mundo vería en su trono al fruto de sus ramas. Era el fruto de la raíz de Jesé.....; el fruto que había de recibir el riego de la Sabiduría: *Et inebriabo prati mei fructum.....*; el fruto cuya dulzura proclamó muchos siglos antes la esposa de los Cantares: *Et fructus ejus dulcis gutturi meo.*

Fuera de este fruto, no hay alimento que puede calmar el hambre que devora á la humanidad.

«Cuando el hombre, á fuerza de separarse de Dios concentrándose en sí, ha visto bajar y oscurecerse la luz que le iluminaba; cuando todo

lo que tiene nombre, Dios, alma, justicia, verdad, tiempo futuro, eternidad, ha llegado á ser problema y ruina para él, ve levantarse en el lugar de todas estas cosas derribadas, una realidad tanto más fuerte, cnanto que nada le hace sombra y contrapeso. Vé cara á cara, en un duelo implacable, la naturaleza viva, la naturaleza que no es más que un árbol que lleva frutos, un polvo coloreado; le vé abriéndose paso, á pesar suyo, en todos los poros de su carne, y asegurándose en ella un imperio invencible. Despojado de todo lo demás, desnudo y pobre, se arroja sobre ese resto impuro, salvado del naufragio universal; se une á él con una embriaguez desesperada, y dice á su alma, si es que tiene aún alma: Esto es bueno, come.

¡Su alma! Sí, su alma, aún tiene un alma, pero es para su mal. Porque en lugar de elevarse á Dios, que es para lo que le fué dada, sólo le sirve para imprimir á sus sentidos algo de indefinido que aumenta su hambre y multiplica su irracionalidad. Si con el auxilio de la duda y

de la negación, pudiera transfigurarse en un sórdido animal, sus necesidades se verían limitadas por la naturaleza, y sólo pediría á la tierra la yerba y el fango de cada día. Pero el alma, nacida para la verdad, la justicia y el amor; el alma, no hallando ya en esas elevadas regiones el alimento que le conviene, se arroja sobre los sentidos, pasa á ellos toda entera, y suscita necesidades de tal energía que se puede decir de ellos lo que San Pablo ha dicho del poder y de la sabiduría divina: *¡O altitudo!* ¿Quién podrá medir la elevación, la extensión y la profundidad de los deseos que se elevan en los sentidos del hombre separado de Dios y recibiendo aun de su alma esa grandeza que sólo puede Dios llenar? Nerón deseaba que el pueblo romano no fuese más que una cabeza, para cortarla de un solo golpe: tal es el grito de los sentidos exaltados por el alma, grito tan sublime como inmundo donde se reconoce la divinidad en el furor.»

Para apiacar el hambre que le acosa, seis mil años viene devorando la humanidad los manjares del placer y escanciando en su corazón el licor del sensualismo. Pero el hambre no se sacia jamás: todos los días, á cada momento, podéis oir, en torno vuestro este grito que sale de las profundidades del corazón humano: *fame pereo.*

No hay en la tierra alimento para el hombre. Ni las ambiciones satisfechas, ni las ilusiones realizadas pueden calmar nuestras ansias infinitas. ¿Creéis que las riquezas, los honores, los goces de la vida podrían llenar el abismo de vuestra alma? Aun cuando arrojáseis á ese abismo cetros, coronas, tronos.....; todo caería como un átomo en la inmensidad de vuestro corazón.

Sólo Dios es capaz de llenar el alma del hombre. Nuestro único alimento es la comunicación con Dios.

Pero la naturaleza divina, me diréis, es incomunicable. «Dios habita en inaccesible luz.»

Ciertamente; mas he aquí un gran misterio de amor:

Así como el fruto del amor eterno del Padre

y del Hijo es un Dios, porque no hay en aquella eterna unión más que un elemento, el amor divino; así el amor de Dios y de una criatura humana, María, produce un Dios-Hombre. Y este fruto bendito es el alimento que necesitaba la humanidad.

El seno de María es aquel acervo de trigo de la Esposa de los Cantares: *Venter tuus sicut acervus tritici vallatus liliis.* [1]

Belén, donde la Virgen Madre dió á luz á Jesucristo, se llamaba primitivamente Effrata, ó sea *fructífera*; mas Jacob, que, al regresar de Mesopotamia, se detuvo en sus cercanías apacentando los ganados, cambió bajo la inspiración divina el nombre de *Effrata* por el de *Belén*, que significa *casa de pan*. El gran Patriarca profetizó de este modo al mundo, que, el Mesías que en aquella ciudad había de nacer, descendería del cielo como *pan vivo*, como alimento único de las almas.

(1) Cant. VII, 2.

Este alimento divino, este pan del cielo, es el que pedían llorando aquellos niños de los Trenos de Jeremías: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis:* alegoría sublime, por la cual quiso el Profeta describir el hambre de la humanidad antes de la venida del Redentor.

En el universo cada criatura exige un alimento adecuado á su naturaleza. Las plantas extraen su vida de la tierra, donde tienen clavadas sus raíces; los brutos se alimentan de las plantas, á cuya vida se asemejan... Pero el hombre, formado á imagen y semejanza de Dios, sólo puede encontrar en Dios el foco de su vida.

El hombre es inteligencia y voluntad; por consiguiente necesita para vivir luz y fuerza. Pero el origen y la fuente de toda fuerza y de toda luz es el Verbo Divino. *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum.* Y ¡oh prodigio del amor! Aquella luz que iluminaba á todo entendimiento, á todo hombre que venía al mundo, y aquella vida de donde brotaba toda vida, se han convertido en pan de *vida* y de *entendimien-*